



LITERATURA

Tendilla, el olivar de los Baroja

Pedro Aguilar



Tendilla (foto A. Pareja).

Muchos han sido los grandes escritores españoles que han usado de La Alcarria para ambientar sus novelas, obras de teatro, artículos o ensayos. Guadalajara pilla siempre muy de paso, en el centro de la península, cerca de Madrid y en el eje Madrid-Barcelona. Viajeros de a

pie, de a caballo o en vehículo, se han permitido contar y cantar los excepcionales paisajes, siempre sorprendentes para quienes piensan que esta provincia es poco menos que un "secarral". "Kilómetros y kilómetros sin ver un árbol" suspiraba no hace mucho una mujer gallega cuando hablaba de Guadalajara desde su Orense natal, "que aburrimiento y que desolación". Nada más lejos de la realidad.

Pero no sólo el paisaje, también el paisanaje ha sido objeto de concienzudas reflexiones y análisis por literatos y ensayistas. Hacer un panegírico con los nombres de quienes, unas veces con acierto y otras sin él, se han aproximado a la realidad social guadalajareña sería cansado e impropio. De entre todos ellos traemos hoy a estas páginas a Pío Baroja. Vasco de cuna y afincado en Madrid desde sus tiempos mozos, el autor de "El árbol de la ciencia" fue un gran viajero en su juventud y un gran sedentario en su madurez. Entre sus virtudes, el poeta Juan Ramón Jiménez destaca la que tenía para "escribir de cualquier región de España donde situara sus novelas con la misma

ecuanimidad e inteligencia".

El seguntino Pepe Esteban estudia con precisión los fragmentos literarios en los que don Pío escribe sobre Guadalajara y su provincia en el libro *Guadalajara y Baroja*. "Aquel edificio famoso (la Alhambra de Granada) le impresionó mucho menos que la catedral de

Sigüenza" recoge Esteban de "La nave de los locos" de Baroja. "Son los de Alarilla zorros,/ los de Atienza jorobados,/ los de Sayatón ladrones,/ los de Valdearenas guarros,/ los de Rebollosa cucos,/ los de Santamera grajos, y todos cual más cual menos/ están como hechos de encargo" dejó escrito en sus *Canciones del suburbio* don Pío, dice Esteban, conociendo seguramente el libro de Gabriel María Vergara *Apodos que se aplican a los naturales de algunas localidades de la provincia de Guadalajara*. Es decir, que el escritor vasco habla de Guadalajara, de su tierra y de sus gentes, con una familiaridad poco habitual cuando se refiere a otras provincias de España. Aspecto éste que denota algo más que algunas visitas esporádicas por la zona.

La razón de esta "confianza literaria" no es otra, y ya lo dejó dicho el editor Pepe Esteban, que la vinculación familiar de los Baroja con la localidad alcarreña de Tendilla, situada a medio camino entre Guadalajara y Sacedón.

"Tendilla es un pueblo de soportales planos, largo como una longaniza y estirado a todo lo largo de la carretera. En ese

RESUMEN:

Pedro Aguilar, periodista y buen conocedor de la provincia de Guadalajara, ha indagado en las vinculaciones de la "literaria" familia de los Baroja con el municipio alcarreño de Tendilla, donde en los años 40 la hermana de don Pío, Carmen, compró unas tierras. Basándose en testimonios literarios (ya avanzados por nuestro amigo Pepe Esteban o por el propio Julio Caro) y en entrevistas personales, Aguilar recompone ese episodio y nos acerca tanto a la vida de esa curiosa familia como al pueblo guadalajareño de Tendilla.

pueblo es donde tiene un olivar el escritor don Pío Baroja, para poder tener aceite todo el año". Con estas palabras Camilo José Cela resumía su primera impresión de este pueblo alcarreño donde Carmen Baroja, hermana de don Pío, compró algunas tierras en el año 1947 para obtener rentas con las que superar las estrecheces del racionamiento y del estraperlo imperante en Madrid, y que hoy en día siguen en poder de sus descendientes.

“No viene por aquí...”

Cuando Cela en el año 1946, a diez años de la muerte de Pío Baroja, preguntó en Tendilla quién conocía al ilustre escritor vasco, apenas nadie supo darle respuesta. Sólo una mujer, desde el fondo de su cocina pudo regalarle alguna explicación. "Sí, ese señor es el señorito de la Eufrasia, es el que ha comprado ese terreno del sendero de Moratilla, el que está dando con el del tío Pierdecarros... Pero ese señor no viene nunca por aquí, debe ser ya muy viejo; el secretario dice que es un señor muy importante, de lo más importante que hay".

Cincuenta y tres años después del "Viaje a la Alcarria", y cuarenta y tres de la muerte de Baroja, en Tendilla todos saben, aunque sea de oídas, quién era Pío Baroja. Incluso hay algunos paisanos que dicen haberle visto pasear por el pueblo, en contadas ocasiones, hace muchos años. "Venía poco", aseguran cuatro veteranos tendilleros que juegan una partida de cartas en el bar de la villa. "Pero yo le vi alguna vez, comenta uno de ellos, tenía el pelo cano, iba con boina y un poco encogido". "Pues yo creo que no ha venido nunca por aquí, asegura su compañero de tute. La que venía era su hermana y los sobrinos, ¡y no mucho!, a lo mejor venían una vez al año". La confusión continúa con el paso de los años. Los Baroja, aunque propietarios, no se han dejado ver mucho por estas tierras alcarreñas.

Carmen Baroja, hermana de don Pío y esposa de Rafael Caro Raggio, librero y editor de numerosas obras de su cuñado, vivía en Madrid con su familia y con su hermano, el antisocial, misógino y huraño escritor vasco, reconocido por muchos como padre de la novela española de nuestro siglo. En su casa madrileña sirvió durante más de diez años Ángela Sanabria Polanco y posteriormente su hermana Feli Sanabria, fallecida



Retrato de Pío Baroja hacia 1920, obra de Alfonso Sánchez García.

en el año 1984 a los 61 años de edad y enterrada en el cementerio de Tendilla.

De aquella familia que sirvió en casa de los Baroja, viven actualmente en el pueblo alcarreño María y Víctor Sanabria, hermanos ambos de las dos muchachas que tuvo doña Carmen en la década de los cuarenta y parte de los cincuenta. María es una mujer prudente que prefiere no hablar del miembro de la generación del 98, porque no sabe cómo podrán sentar sus palabras a la familia Caro Baroja, descendiente de doña Carmen y don Pío, hacia quienes ella guarda un especial cariño. "Miren ustedes, nos confiesa María al otro lado de la puerta entreabierta sin sobrepasar el umbral de su casa, los Baroja son unas personas muy discretas a los que no les gusta la publicidad ni aparecer en los periódicos". La prudencia de esta mujer es tal, que se niega a que hagamos unas fotografías del patio de la casa. Insistimos y lo único que conseguimos son algunas frases sobre los hermanos Baroja. "Miren ustedes, yo sólo estuve en Madrid una semana ayudando a mi hermana que había caído enferma. Toda la familia era muy amable y muy buenas personas".

Le cuesta trabajo continuar. Su timidez y su pudor le obligan a ser prudente, recatada. "Don Pío hablaba poco, estaba siempre a lo suyo y nunca quería salir. Pero con nosotras era muy atento. Los Baroja no tenían nada que ver con Tendilla, compraron las tierras porque mi hermana les dijo que estaban en venta y les pareció buena compra. Lo que no entiendo es cómo pudo decir el señor Cela que el olivar era de don Pío, cuando todo era de su hermana doña Carmen. Don Pío no vino nunca por aquí. El día en que pusieron la placa en los soportales estuve por decirle a ese señor que lo que allí ponía no era verdad".

Con motivo del 25 aniversario de *Viaje a la Alcarria* se puso una placa conmemorativa en Tendilla, y en otros tantos pueblos alcarreños, tomando la frase con la que Cela nombra a Baroja como propietario de los olivares, y que reproducimos al comienzo de estas líneas.

"Además, continúa María esta vez más animada pero a la que hay que sacarle las palabras con cuchara, los señores tenían tierras por otros sitios. No necesitaban estos olivares para tener aceite, eso que pone en la placa es todo una mentira... La señora y sus hijos venían algunos sábados y se iban los domingos. Dormían en esta casa que es suya. La señora, doña Carmen, ya murió y la familia hace ya dos o tres años que no viene por aquí".

De entre los sobrinos de Pío Baroja que más visitaban Tendilla estaba el gran etnólogo y antropólogo Julio Caro Baroja, fallecido hace algo más de tres años. En su libro titulado "Los Baroja", este gran estudioso del comportamiento humano, analiza detalladamente el paso de esta familia vasca por La Alcarria. En el capítulo titulado "Adiós a la juventud" nombra a Ángela Sanabria, hacia la que doña Carmen sentía un especial cariño, así como al padre de ésta, Pablo Sanabria y a su tío Santiago, conocido por todos sus paisanos como "tío Urraca". Estos dos hombres ayudaron a su madre en el regateo previo a la compra de las tierras de Tendilla.

De las páginas de Julio Caro se desprende que si bien Cela erraba, no sabemos si a conciencia, al afirmar que la propiedad de los olivares era de don Pío; no se equivocaba en absoluto al señalar que gracias a estas tierras, los Baroja tenían aceite para todo el año. "En 1947", escribe Julio Caro, "mi madre compró una casa y unas tierrecitas en La Alcarria; en un pueblo bastante pintoresco, aunque triste, que se llama Tendilla. El objeto de aquella compra era invertir cierta pequeña cantidad de dinero que había en casa, unos 20.000 duros, y ver si podíamos eludir las miserias del estraperlo madrileño que aún se hacía sentir".

La casa que menciona Julio Caro en su libro es la actual residencia de María y su hermano Víctor, a la que Carmen Baroja venía con sus hijos a pasar algunos fines de semana. La casa era una antigua posada conocida como "el parador del tío Ruperto" y le costó a la madre de Julio Caro 19.000 pesetas, y el resto de las tierras alrededor de 60.000 pesetas. En total, compraron 1.200 olivos, 57 fanegas de secano, 7 fanegas de regadío y "un trozo al que mi madre tenía predilección especial, que se llama el Haza de Santa Lucía", situado a las afueras del pueblo y donde en la actualidad se alzan varias nogueras.

El campo romántico

Con cierta ironía, Julio Caro Baroja relata cómo perdió la primera oportunidad de ser rico en su vida que, confiesa, no sería la última pues estuvo a punto de aconsejar a su madre la compra de unos terrenos en Canillejas para invertir las 100.000 pesetas que acabaron en La Alcarria. "Si a mí no me hubiera desagrado el sitio (en Madrid) y hubiera ido con otras miras, habría comprado las tierras, y en vez de ser ahora un mísero propietario rural alcarreño, sería multimillonario suburbano... pero yo

tengo una idea del campo romántica, heredada de mi madre, que me desenfoca la visión económica".

El ilustre antropólogo realiza un preciso y conciso análisis de las tierras alcarreñas en los años cincuenta, donde la mayoría de la gente que habitaba en los pueblos era tan pobre que no podía comprar pequeñas parcelas que valían 500 pesetas, para cultivarlas por cuenta propia. "Casi todo el pueblo eran renteros de unas cuantas familias que habían ido acaparando la propiedad durante el siglo XIX".

La familia Baroja viajaba a Tendilla en autobús desde Madrid, debido a la gran ilusión de su madre, doña Carmen, y de Ricardo, hermano de ésta. "Pero el que jamás se decidió a acompañarnos, afirma Julio Caro, aún después de que pudimos ir en auto más cómodamente, fue el tío Pío. Se había hecho sedentario, vivía de recuerdos y no quería sin duda más experiencias".

Del alcarreño Pablo Sanabria, a quien recuerda con cariño en sus memorias, dice Caro Baroja "es uno de los hombres de campo más cabales que he conocido nunca", y de su primo Santiago, "es la quintaesencia del labriego castellano, el lugar común es la sensatez campesina hecha carne". De la casa que compraron en Tendilla escribe que tenía buen tamaño para acoger a dos familias y que de ella su madre reservó la parte menor, dando a la familia de Ángela el resto. "Construyó mi madre un solano o balcón corrido que da al patio, solano en el que se dejan a secar las calabazas, judías y otras cosechas... Tendilla fue pues teatro de diversiones inocentes y nos resolvió lo que pretendíamos, comer con un poco de seguridad durante algún tiempo. Hoy no produce ya lo que producía en materia de aceite, harina, garbanzos, etc...", aseguraba Julio Caro en 1972, "ni aquellos jamones que eran los de mejor gusto que he comido yo en mi vida".

Al morir Carmen Baroja, las visitas de sus hijos fueron cada vez menores. El recuerdo de su madre, sentada bajo las nogueras de Santa Lucía les entristecía a todos. "Ahora he suspendido las visitas. No saco de ellas más que dolor". A pesar de todo, el recuerdo de este pueblo alcarreño permaneció vivo en su memoria hasta el día de su muerte. Tendilla siempre formará parte de la familia Baroja, y aunque don Pío no fuera propietario de nada, estamos seguros de que se regodeaba con los jamones, garbanzos y olivas aderezadas que la familia Sanabria le entregaban en renta y de las historias de esta tierra y de sus gentes que su hermana y sus sobrinos le contaban al regresar a Madrid. No estaría de más un pequeño homenaje del pueblo a tan ilustres vecinos. ■